

El policía, el juez, el enfermero, el bancario
y la dueña de la casa yacen a mis pies.
Me queda una bala. No me cogerán vivo.

Soy un moribundo,
pero he sido un depredador para la manada de lobos.

D. L. B., mujer

A mis ochenta y siete años
pude decir que sólo tuve un hombre,
un hijo, una tierra y un Dios.

Un sólo disgusto y una sola muerte.

J. F. L., neotomista

El Dios existe antes de que el vasallo
deposite incienso junto al ara;
el mundo existe antes de que el filósofo
lo saque, al nombrarlo, de la nada.

Primero fue lo dado, lo existente.
El sol ya era cuando te nacieron
y siendo seguirá cuando la muerte
te sume a aquellos que te precedieron.

Hubo quienes, osados, se atrevieron
a negar lo real, a cuestionarlo;
pensaban de sí mismos como eternos
siendo apenas —siquiera—
temporarios.

¿Cómo te atreves, trozo de naturaleza,
hecho de orgasmos otros, a sentirte
con la fuerza de ver en tu figura
el refrendo global de lo que existe
de que fue y será, si apenas dura
un instante tu tiempo? No advertiste
trozo de carne ajena y de locura
que más que por ti, por otros exististe?

Le Père Lachaise

Es otoño. Has regresado al esplendor de la piedra de Le Père Lachaise tras recorrer los boulevares enciclopédicos, las fachadas de ese París bellísimo y exacto pensado por el prefecto Georges-Eugène Hausmann.
Entras por el Boulevard de Ménilmontand. Pisas primero las calles silentes del antiguo cementerio israelita y te detienes ante Rachel, León, Lyon, y llegas a la tumba de Camille Pissarro.

Cerca, alejados de todos y de

Clairvaux, Heloise et Abelard.
Retornas a la avenida principal y lees Colette. Vas luego al templete de mármol rosa hortera de Rossini, al lado de Alfred de Musset. Subes las escaleras de hiedra húmeda para girar a la derecha en busca de Bellini y de Chopin. Arrancas un ramo de moras y las dejas en la tumba rock, llena de colores y latas de Coca-Cola, de Jim Morrison.

Visitas ahora la memoria de Fernand Braudel, maestro de mentalidades; atraviesas la Avenida de las Acacias y encuentras a alguien dit Benajmin Constant. Es ahora frenética tu lectura: General Foy, Beaumarchais, Saint Simon, Murat. Sigues subiendo: Modigliani, Edith Piaf, Paul Eluard.

Al azar, Cléo de Mérode. Cerca, una lápida ha sido alzada de su sueño por la pujanza de las raíces de una Fagus Sylvatica Purpúrea. Giras al albur y entras ahora al Columbarium; arduan arriba las palomas y, en lechos de cenizas mínimos, ojeas los nombres, muchedumbres las flores. Lees despacio, cual si lo hicieras con los lomos de los libros de la Bibliothèque de Sainte-Geneviève: Marx Ernst, María Callas, Isadora Duncan.

Vuelves a las avenidas y, al oeste, Marcel Proust. Junto a la muralla, sólo, Villers de Loisle Adams. Desciendes. Honoré de Balzac, Jules Michelet, Merleau-Ponty, Charles Nodier, Gerald de Nerval y el pintor Delacroix. Unos metros más allá hallas un templete perfecto de medidas para una joven princesa, enferma desde niña de melancolía, tallado su rostro en un mármol bellísimo.

Desciendes. Bizet, David, Seurat, Georges Méliès. En las horas primeras de la tarde, estalla el esplendor de tanta música, de tanta pintura y tanta danza, de tanta literatura y tanta historia, de tantas biografías y tantos libros que hicieron tu mente parisina y tu corazón afrancesado.

E. J., psiquiatra

Yo fui psiquiatra. Hubo un tiempo, en mi juventud,
en que soñé utopías políticas y humanas
y fui a enfrentarme en los manicomios
y centros penitenciarios con las lindes del cambio.

Le vi las tripas al poder real ya que, durante años,
transité las alcantarillas de la sociedad y del alma.

Yo fui funcionario del Normópata Dominante.

En el estar infinito busqué motivaciones sociales a las que asirme, pero un SNIF enciclopédico
me salía una y mil veces a mi encuentro.

Todas las mañanas esperé otro despertar de la conciencia.

Pero mi horario me salía al paso de la brutal realidad

de la angustia y de la locura,
la cara oculta de la propaganda.

A. H. L., naturalista

Mientras estudiaba la vida de los animales
en las praderas africanas pensé en el hombre blanco,
género único que vive separado de su clan natural.
Me especialicé en las conductas
de ciertos individuos que, viejos,
enfermos o heridos,
no podían seguir a la manada.

Leí el texto del filósofo liberal Spenser
que pretende que a todo ser humano
incapaz de ganarse el sustento, como los enfermos

y los viejos, se les deje morir de hambre.

Mientras filmaba, sin intervenir, el destino
de elefantes moribundos, ciervos viejos, heridas cebra,
devorados por leopardos, leones y otras manadas
de depredadores medité los textos darwinianos
y protestantes que explican

que sólo sobreviven los más fuertes,
los más jóvenes y los mejor dotados.

Ayer me llegó del juzgado la orden
de desahucio.
Estoy enfermo del corazón, no
tengo familia,
apenas puedo moverme.

Rellené el tambor del Astra: 6
balas.

